

La cuarta parte, "Contra bandos" concluye la tarea de socavar la poética (¡valga el contrasentido!) de los militares: "Nadie será despedido" o "Bomba estalló en una parroquia, un muerto". Por esta razón, no es extraño que el poema "Pronósticos de septiembre" encierre un sentimiento de esperanza en el futuro: "Sólo a los pájaros del cielo / y a los labradores de la tierra / anuncio: / tras el pestilente bombardeo / de los fumigadores / la patria huele a flores de manzano".

En suma, *Cartas de prisionero* cumple, en su propuesta estética, con desmitificar un discurso, el de la violencia y de la represión, reinstalando al hombre en el trabajo esencial y creador de libertad, solidaridad y amor.

BERTA LOPEZ MORALES

LOS DIAS Y LOS AÑOS

de Sergio Tauler

Ediciones Mar del Plata, 1990.

<https://doi.org/10.29393/At462-25BAAC10025>

Cuando un poeta logra llegar hasta nuestra intimidad, lo primero que nos preguntamos es desde qué lado viene este goce que nos entrega, necesitamos saber por qué la realidad que él capta nos procura este estado de placer, causador de sobresalto y de admiración, en que la poesía y el sueño se nos aparecen coetáneos. Por qué un poema de San Juan de la Cruz o la agresividad telúrica de *Residencia en la Tierra* nos convulsionan. En la respuesta a esta pregunta cabe toda la idea de lo que la poesía fundamentalmente es y entra en las teorizaciones de la funcionalidad del arte.

El objeto por el que recogemos estos decires al explorar —o tratar de ver— un poco más por dentro este libro de Sergio Tauler, *Los días y los años*, es por algo muy simple: en la obra, el sueño y la poesía se encuentran unidos una vez más para darnos su visión de los hechos que nos ocurren, de aquellos que nos generan situaciones concretas, que se reproducen en nosotros y pasan a ser necesarios a las corrientes que empujan nuestro destino. Esta magia del arte poético se encuentra en el lirismo de Tauler; y su proximidad nos produce o alienta el viejo afán de regresar hacia la idea que tenemos del primer hombre, del ser adánico en plena libertad existencial, lleno del goce de ser él mismo. De otro modo: si en estos poemas de Tauler observamos que la gran raíz es la ternura, ella irrumpe desde simas en las que el sueño quiere hacerse presente tras las prolongaciones que le adiciona la insurgencia poética. Sobre todo cuando ello sucede en un hombre que se busca en los detalles del propio ser y se relaciona con las cosas por medio de una piedad fraterna.

En Tauler el vaciamiento de ciertas leyes inmutables que condicionan al individuo, aquel algo que se concreta en la interioridad, se produce dentro de una regulación homogénea y los afectos adquieren dimensiones rigurosas descritas por un proceso que se ha decantado, que quiere ser claro, directo, esencial. Que se proyecta sintéticamente. Así, en este *corpus* poético los hechos se reproducen desnudos de artificios, como algo que simplemente ocurre. El poeta está más cerca de lo apolíneo sin desterrar del todo la combustión dionisiaca, los trozos de representación romántica que también imperan. Esto es: una romantización del clacisismo: "Canta un pájaro al viento / su melodía de oro. / Yo lo escucho sin verlo / desde mi ser recóndito. / Canta un pájaro y siento / como su ardor sonoro / va inflamando por dentro / mi corazón de otoño. / Canta un pájaro y vuelo / más allá de mi asombro", dice en el poema "Canta un pájaro al viento".

La simplicidad poética, el sentimiento bien limado, consiguen rehacer figuras desde una realidad íntima arquitecturada. Y esta condición que así se expresa no es algo fácil. Nunca ha sido fácil la facilidad que el poema porta. En Tauler la obsesión por la palabra precisa, orientada como basamento clave, es notoria. Y, puesto que el tema mayor del poeta es la ternura, la representación lírica que de ella hace toma los síntomas de una intensidad dosificada: "Amiga, dulce amiga, de los quehaceres mínimos, / de la bondad sin prisa / y el corazón tranquilo. / Amiga, triste amiga, / de los otoños idos, / de la morada en ruinas / y su incansable grillo. / Para pensarte, amiga, / desde mi ahora elijo / la soledad distinta / que me dejó tu olvido". ("Amiga, dulce amiga").

Pero este mundo contiene fuerza, con el *in promptu* a flor de piel, con arrebatos indóciles que rompen el orden no obstante querer ser razonados por el poeta, sale a indagar por los sucesos queridos. Y Sergio Tauler encuentra en estas evocaciones, entre las que se mezclan excitaciones sensuales con los sueños románticos, la materia poética que, al no entrar en el olvido, asoma a través del libro a impulsos espontáneos, como ese depurado soneto "Tus piernas": "A menudo examino tus dos piernas, / el ángulo secreto donde inician / su larga y cadenciosa geografía, / su tejido arterial, su piel morena". En cambio en el soneto "Flor de la pluma", el poeta, contemplador de la naturaleza, sale del torbellino abrasador del amor humano para volcarlo en un raptó de admiración ante este prodigio que contempla. Dentro de esta forma lírica, que Tauler maneja con celo, logra obtener aquel efecto mágico que une al ser con el alrededor. Podríamos decir que estamos frente a un soneto antológico, de bello clasicismo: "Espuma enarbolada, himno del cielo, / vellón del aire, pétalo del día, / racimo de cristal, pajarería / de tórtolas a punto de su vuelo", dice en el primer cuarteto. El sentimiento, como ocurre con toda la obra de Tauler, corre aquí sin atropellamientos, en un encadenamiento imaginativo que nos recuerda de nuevo las contingencias y alianzas del sueño con la patencia poética.

El libro contiene otros poemas alusivos a la realidad más profunda del ser; tal sucede en "Búsqueda y encuentro"; de la nostalgia, expresada en el "Viejo puente", a los de testimonio social, como es el caso de "Testimonios y de muertes", el cual está dedicado a Santiago Nattino, artista que ilustró *Entre la rosa y el ángel*, otra bella obra del poeta; y el titulado "La muerte es la victoria", escrito en homenaje al poeta español Luis Cernuda, muerto en el exilio, uno de los más destacados líricos hispanos de la generación de 1927, de la cual Tauler ha heredado no poco y que luce, sobre todo, en el movimiento expresivo.

En los poemas testimoniales el dolor hace renacer la fuerza emocional y escritural, cierta certidumbre de que tiene que ser lo que debe ser, de ir más allá del obstáculo que le opone una realidad opresiva. El lirismo neorromántico del poeta, al ser convulsionado por el sentimiento colectivo, por el discurrir social, suelta una solidaridad dramática que no puede ocultar la angustia ante el cuadro simbolizado. Y siendo una poesía distante de la de él, nos recuerda a Ezra Pound cuando el hombre sin patria en que se transforma el poeta de Idaho nos dice serenamente en uno de sus poemas: "Vamos, compadezcamos a los que están mejor que nosotros / vamos, amigo, recordemos que los ricos tienen camareros y no amigos. / Y nosotros tenemos amigos y no camareros".

El instrumento poético de Sergio Tauler es propiamente rítmico. Mantiene el hechizo de concertar sensaciones celosas, difíciles de captar a primeras y nos reproduce aquellos trozos de la vida que se resisten a ser desocultados sin llevar los ojos bien abiertos. *Los días y los años* es una obra que nos ofrece la oportunidad de ver un mundo de imaginación vivificante, a un poeta que a través de la experiencia humana que recrea, despierta en nosotros auténticas emociones.

ANTONIO CAMPAÑA